

Comunicaciones del I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia
Contemporánea de la AHC

Mesa: Religiosidad y laicismo.

ANTICLERICALISMO Y POPULISMO.

Ángel Alcalde Fernández

Universidad de Zaragoza

Desde 1898, el sistema caciquil y oligárquico de la Restauración entró en una crisis, que acabó definiéndose como crisis de representación. Una de las pocas opciones que las incipientes masas politizadas del momento tuvieron para entrar en el sistema establecido fue encuadrarse en los partidos republicanos, pero en estos todavía pesaban mucho las estructuras y conductas aristocráticas; eran todavía partidos de viejo cuño¹, que debieron actualizarse y abandonar viejas tácticas insurreccionales para ensayar la movilización electoral. Y es aquí en donde entró en juego el populismo, como estrategia política movilizadora que tuvo en el anticlericalismo una de sus expresiones más notables.

La historiografía ha señalado el carácter escurridizo y camaleónico del término “populismo”, que reúne muy variadas manifestaciones sociopolíticas de la historia contemporánea, desde el populismo ruso hasta el peronismo, pasando por el lerrouxismo o el blasquismo que nos interesan más en este estudio; es por ello más conveniente referirse a ellos como “populismos” (en plural), ya que en ellos caben manifestaciones ideológicas que van desde las reaccionarias a las revolucionarias². La base teórica de la que parte este trabajo es la aportada por Ramiro Reig y por José Álvarez Junco. Para el primero, el populismo es un movimiento que tiene una base social caracterizada por su desagregación, posible cuando el sistema de representación democrático-liberal es incapaz de dar cabida a las clases populares proletarizadas y que no se identifican con los partidos burgueses. El populismo, según Reig, se presenta propugnando un reagrupamiento social en torno a sus intereses, que son los de la totalidad: surge de abajo y contra el statu quo; y para ello necesita mitos movilizadores. Álvarez Junco define el populismo como un tipo de discurso político y de movilizaciones populares, que tienen objetivos democratizadores y modernizadores, y que se apoyan en apelaciones culturales muy primitivas de tipo ético, emocional o redentorista. Sus apelaciones giran en torno al “Pueblo” y contra elementos “antipopulares”, siendo característica la vinculación a un líder o caudillo

¹ ÁLVAREZ JUNCO, J.: *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Madrid, Alianza Ed., 1990, p. 120.

² Los problemas y debates en torno al concepto de “populismo” pueden seguirse en UCELAY DA CAL, E.: “Acerca del concepto ‘populismo’” y ORTÍ, A.: “Para analizar el populismo: Movimiento, Ideología y discurso populistas”. Ambos artículos en *Historia Social*, 2, 1988.

carismático y garante del triunfo.³ Las dos definiciones, la primera aplicable sobre todo al estudio del blasquismo y del populismo católico en Valencia hacia 1900 y la segunda fruto de la observación del fenómeno demagógico lerrouxista en la Barcelona de principios de siglo XX, plasman la existencia de un lugar común en ambas: la articulación de los sentimientos anticlericales hacia objetivos políticos; el anticlericalismo, entonces, fue el mito movilizador y la apelación cultural sentimental que se necesitaba.

Aquí trataré de analizar cómo se produjo esa canalización política del sustrato anticlerical popular, examinando sus orígenes y sus consecuencias, de las que la más llamativa pudo ser la quema de edificios religiosos en la Semana Trágica, y estableciendo comparaciones con el caso zaragozano en los primeros años del siglo XX, para lanzar algunas hipótesis de trabajo. Para ello me basaré en la bibliografía disponible, y en la exploración de la prensa republicana de la época, artífice en gran parte, como veremos, de esa instrumentalización.

DEL ANTICLERICALISMO POPULAR AL USO POPULISTA DEL ANTICLERICALISMO.

El anticlericalismo popular fue una constante cultural presente en España desde la Edad Media que hizo del clero un objetivo habitual de las iras del vulgo, especialmente en situaciones de crisis. Los religiosos constituían un blanco cómodo. Centro habitual de rumores y leyendas ‘negras’ acerca de sus prácticas en cierto sentido esotéricas, reprobados por su apego a los ricos y poderosos en detrimento de los pobres y necesitados, y por ser estamento privilegiado durante siglos, los clérigos reunieron una serie de cualidades, reales o imaginadas, que les situaban como asequible chivo expiatorio a ojos del pueblo. A esto se añadieron otros ingredientes durante el siglo XIX que incrementaron la inquina de los sectores no privilegiados, y también de las clases burguesas, cuya construcción de un sistema liberal, regido por la razón frente al oscurantismo, requería la inserción de la Iglesia bajo sus supuestos de separación de poderes religioso y civil. En resumen, puede afirmarse que en los inicios del anticlericalismo contemporáneo en España había, pues, una doble vertiente: una culta, formada por ilustrados y liberales, y una popular con profundas raíces culturales.⁴

³ REIG, R. *Blasquistas y clericales*. Valencia, Alfóns el Magnánim, 1986, pp. 12-19. ÁLVAREZ JUNCO, José. *op. cit.* pp. 432-433.

⁴ Una síntesis de los inicios del anticlericalismo se encuentra en LA PARRA LÓPEZ, E. y SUÁREZ CORTINA, M. (eds.): *El anticlericalismo español contemporáneo*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

La reacción de la Iglesia ante todo ello consistió en una reafirmación de su posición, escudándose en la supremacía de la verdad revelada y administrada por ella, y en atrincherarse en su arcaísmo. La más definidora expresión de ese empeño la podemos encontrar en el pontificado de Pío IX, y en la encíclica *Quanta cura* y el *Syllabus* de la década de 1860. En España, la peculiaridad fue la vinculación de una buena parte del clero al antiliberal carlismo; este nexo se mantuvo a pesar de la evolución política española, y en la guerra carlista de 1872 el apoyo de parte del clero a las partidas carlistas fue todavía evidente. Es por todo ello que no debe extrañarnos que en la década de 1830 se produzcan los primeros altercados anticlericales graves de la época contemporánea, con incendios incluidos, y que en la coyuntura del sexenio los enfrentamientos se repitan.⁵

Durante la Restauración, la Iglesia católica en España recobró ampliamente su poder e influencia, llegando a constituir uno de los pilares del sistema, al que los republicanos, la oposición, vieron como un creciente problema que en otros países, especialmente Francia, se resolvía con medidas orientadas hacia el laicismo. Pero fue tras la crisis de 1898 cuando el anticlericalismo comenzó un nuevo ciclo de actividad con violencia. En ello confluyeron una serie de factores, estructurales y coyunturales, de los que destacaré tres. Por un lado, la Iglesia había experimentado un cambio de actitud, suscitado por la encíclica *Rerum Novarum*, consistente en una más activa participación de los católicos en la vida pública y social. Por otro, la adopción por parte del liberalismo de tendencias políticas anticlericales para la resolución de la llamada “cuestión religiosa”, que tenía mucho que ver con la nueva tendencia católica. Y como colofón, la identificación del clericalismo como una de las causas que habían conducido a la crisis y al resquebrajamiento del sistema en 1898. Esta tesitura iba a ser explotada por la oposición al sistema, los republicanos, para hacerlo caer; era la situación de oportunidad que todo movimiento social, en este caso el anticlericalismo, necesita para emerger de forma articulada. Pero para esa eclosión del anticlericalismo como un movimiento social también eran necesarios otros agentes: unas estructuras de movilización y la creación de identidades que precedieran y siguieran a la acción.⁶

⁵ Anticlericalismo en los años 30 ver PÉREZ GARZÓN, J. S.: “Curas y liberales en la revolución burguesa”, *Ayer*, 27 (1997), pp. 67-100. Acerca del anticlericalismo en el sexenio: DE LA FUENTE MONGE, G.: “El enfrentamiento entre clericales y revolucionarios en torno a 1869”, *Ayer*, 44 (2001), pp. 127-150.

⁶ DE LA CUEVA MERINO, J.: “Movilización política e identidad anticlerical, 1898-1910”. *Ayer*, 27 (1997) pp. 101-125. Álvarez Junco señala que un movimiento social necesita instrumentos culturales, ceremonias o ritos, y formas de encuadramiento que vertebran y movilizan ese segmento social en su protesta en *op. cit.* p. 386 y ss.

Los agentes movilizadores que operaron en el movimiento anticlerical procedieron de los sectores liberales y republicanos, que a través de la prensa fueron abonando el terreno para las acciones que sobrevendrían en ciertos momentos de especial descontento. Pero esa acción de protesta, consistente en reuniones, manifestaciones, boicots y motines, requería movilizar grupos numerosos de personas, masas que, convenientemente aleccionadas, ejecutaran las directrices de los líderes políticos republicanos y secundaran sus convocatorias, una estrategia novedosa entonces. Para encuadrar a las emergentes masas de principios de siglo XX fue necesario emplear el discurso populista. El populismo explotó la base cultural anticlerical del pueblo, que percibía a la Iglesia como una institución de ricos y poderosos, y la dotó de significación política; canalizó el descontento tradicional del populacho contra el clero hacia demandas políticas secularizadoras. En otras palabras, se conectaba el folclórico anticlericalismo del pueblo llano con el de las élites liberales, vulgarizando éste en el discurso populista, fácilmente captable por masas incultas e ideológicamente dispersas.

LERROUXISMO Y BLASQUISMO: DOS POPULISMOS ANTICLERICALES.

Las nuevas generaciones del republicanismo emergentes en los últimos años del siglo XIX percibieron la situación crítica de su movimiento, sumamente fraccionado y anclado en pautas políticas anticuadas, y para dar efectividad e insuflar una nueva vida en sus organizaciones intentaron aprovechar la agitación obrera.⁷ El agotamiento de la vía insurreccional daba paso a la lucha electoral. Dos de estos jóvenes republicanos iban a revolucionar así la política de la Restauración.

Alejandro Lerroux y Vicente Blasco Ibáñez tenían, respectivamente, 34 y 31 años en 1898; de la vida juvenil de ambos personajes pueden extraerse coincidencias: los dos tuvieron un carácter aventurero y romántico, y tanto uno como otro se formaron políticamente en relación con el periodismo y la literatura.⁸ Quizás fue por eso que los dos lideraron sendos movi-

⁷ ÁLVAREZ JUNCO, *op. cit.* p. 271.

⁸ ÁLVAREZ JUNCO, *op. cit.* es la biografía más lograda del que sería Jefe de Gobierno de la II República. En su primer capítulo se nos esboza un Lerroux “más dado a la aventura que al estudio” y romántico (llega a escribir poemas), que luego llega a ser un periodista republicano hábil y mordaz. REIG, R.: “Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928): promotor de rebeldías” en BURDIEL, I. y PÉREZ LEDESMA, M. (coords.): *Liberales, agitadores y conspiradores*. Madrid, Espasa, 2000 se centra en la conciliación de política y literatura que caracterizó al personaje valenciano. Otra de las similitudes entre ambos que pueden destacarse es la “afición” a los duelos, que según Álvarez Junco denotaba pervivencias culturales del Antiguo Régimen.

mientos políticos, localizados en las ciudades de Barcelona y Valencia, que han sido caracterizados como populismos. Aquí interesa destacar que los dos se distinguieron también por su anticlericalismo activo y virulento.

A la ciudad condal llegó Lerroux en 1901 como candidato a Cortes por la coalición republicana, con el objetivo de hacer votar a los numerosos obreros de la ciudad por el progresismo. Advirtiendo que el tipo antiguo de partido político no era funcional, dio un salto acercándose al tipo moderno de partido de masas, aunque nunca se separaría del todo del militarismo zorrillista ni de los ideales de secta;⁹ y en ese sentido articuló sus activas campañas, que ya había ensayado en la protesta periodística de *El País* y *El Progreso* contra las torturas de Montjuich desde 1896, en las que se servía de su propia personalidad, muy atractiva para las masas populares. Aparte de continuar aireando el asunto de Montjuich, reivindicar la honestidad, el honor y los principios, de los que él mismo era ejemplo, denunciar las injusticias, apelar a la virilidad y al “Pueblo” del que él se consideraba sencillo representante y practicar el culto a los verdaderos mártires de la causa, Lerroux “sedujo a Barcelona” alimentando los descontentos y las críticas anticlericales de las masas urbanas. A través de artículos y mítines, en los que fue desarrollando su técnica y oratoria demagógico-populista, cargados de espectacularidad¹⁰, inflamó la carga cultural anticlerical que subsistía en el pueblo y los obreros barceloneses, con crudos ataques a las órdenes religiosas, a sacerdotes, jesuitas y fieles católicos.

De esa manera tan dinámica se conformó un movimiento multitudinario, muy llamativo, pero que en el fondo carecía de un proyecto político definido. En los mítines de Lerroux se incitaba constantemente a la acción; pero esa acción no debía consistir en una revolución. No, la acción debía concretarse en la participación electoral; lo que se pretendía era que los obreros encandilados por la demagogia populista llenaran a rebosar con sus papeletas las urnas electorales a favor de los republicanos. Las acciones no debían nunca pasar de inconsecuentes enfrentamientos con la policía o provocaciones al clero. El anticlericalismo era una apelación, como podía haber sido una reivindicación nacionalista o de clase, muy útil en el contexto en el que se encontraba el republicanismo, siempre y cuando se mantuviera la agita-

⁹ ÁLVAREZ JUNCO, *op. cit.* p. 126.

¹⁰ ÁLVAREZ JUNCO, *op. cit.* p. 235 y ss. El discurso lerrouxista tenía una estrategia basada en la espectacularidad, la subjetivización (personalización) y la trascendentalización.

ción a un nivel simbólico. Lo que ocurrió en la Semana Trágica, según Álvarez Junco, es que ese juego se les fue de las manos.¹¹

Una inicial protesta antibélica degeneró en Barcelona en el incendio de más de sesenta edificios religiosos en la semana del 25 al 31 de julio de 1909.¹² Se han debatido las causas de que se produjera tal explosión, subrayándose en ocasiones las bases socioeconómicas del descontento popular anticlerical, o la influencia del discurso de los políticos radicales, sin olvidar los rencores acumulados durante décadas por el pueblo.¹³ No entraremos aquí a desmenuzar el debate, pero sí es necesario dejar claro que es evidente la conexión entre el estallido flameante de 1909, profanaciones de tumbas de monjas incluidas, con la actividad movilizadora llevada a cabo durante años por el populismo lerrouxista que animaba a actuar duramente contra el clero. Ya en el artículo *Rebeldes! Rebeldes!* (1905), largamente reproducido y difundido, Lerroux invitaba a la violación de novicias; y en los días previos al 25 de julio, el artículo *Remember*, les recordaba a los seguidores de Lerroux la famosa quema de conventos barcelonesa de julio de 1834 (de la que se cumplía su 75 aniversario) y les animaba a repetirla. Poco importaba que estas alusiones, las más famosas de entre muchas otras, fueran “en serio” o fueran metafóricas, pues con ellas buena parte de los barceloneses que participaron o vieron aceptable el incendiarismo, pudieron justificar éste como venganza o como “rito purificador” en contra del ignominioso clero. Es necesario señalar, no obstante, que estuvieron libres de verdadera responsabilidad en los hechos los líderes radicales, ya que no participaron activamente en los crímenes, ni los fomentaron, ni los lideraron (Lerroux incluso se encontraba en Argentina esos días); ni mucho menos estaba justificada la ejecución por las autoridades de Francisco Ferrer, mero cabeza de turco, por mucho que contribuyera, como Lerroux y su discurso populista, a crear el ambiente en el que fue posible la Semana Trágica de Barcelona.

En Valencia las cosas fueron algo diferentes. Como ya se ha apuntado, Blasco Ibáñez lideró un movimiento popular de forma muy similar a como lo hizo Lerroux, pero el particular contexto y la configuración de la ciudad levantina determinaron la evolución y consecuen-

¹¹ ÁLVAREZ JUNCO, *op. cit.* pp. 338 y 414-415. No todos los historiadores han coincidido en que la agitación revolucionaria de Lerroux era un “bluff”, pero parece convincente que así sea ya que explica el giro conservador de la política lerrouxista desde 1906, y más claramente desde 1909, que culminaría con el apoyo moral de Lerroux al general Franco. Como señala Álvarez Junco en su biografía, Lerroux abandonaría su discurso revolucionario en cuanto le fuera posible.

¹² ULLMAN, J. C.: *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*. Barcelona, Ariel, 1972. LA PARRA LÓPEZ y SUÁREZ CORTINA, *op. cit.* pp. 180-185.

¹³ÁLVAREZ JUNCO, *op. cit.* p. 386.

cias de las expresiones anticlericales, que nunca llegaron a explotar como en 1909 en Barcelona. Quizá fue así porque el devenir político valenciano entre 1898 y 1911, definido por el predominio del blasquismo en pugna con el populismo católico de la Liga Católica de Valencia, experimentó la materialización de los mitos movilizados del blasquismo en la gestión municipal de los concejales republicanos. Blasco Ibáñez consiguió, desde el poder municipal, hacer reales las promesas revolucionarias creando una Valencia secularizada y republicana. Su populismo consiguió aglutinar a sectores populares y pequeño-burgueses en torno a la bandera del republicanismo. Consiguió movilizar políticamente al pueblo valenciano para marginar a los monárquicos y al clero, culpables del mal, obteniendo por las urnas el control del Ayuntamiento. Desde ahí se emprendió un reformismo que contentó a las capas populares valencianas, a las que también se consiguió de esta manera politizar y concienciar.¹⁴

Pero el eje más llamativo de la política blasquista en Valencia fue su determinación a la hora de resolver la “cuestión religiosa” a nivel municipal. En uno de sus discursos en las Cortes, Blasco señaló que la ciudad de Valencia era la más clerical de todas las ciudades españolas, pues en ella se llevaban a cabo un gran número de actos católicos¹⁵. Lo que pretendieron y en cierto sentido consiguieron los blasquistas fue separar los ámbitos civil y religioso en su ciudad; llevar a cabo una secularización a nivel municipal, que por ejemplo fue efectiva a la hora de sufragar con fondos públicos solamente las festividades no-religiosas (carnaval), o concediendo subvenciones no a las escuelas religiosas, sino a la educación laica. Fue un éxito la movilización en la calle del pueblo valenciano, como durante las protestas por la designación de Nozaleda para la sede arzobispal de Valencia, contribuyendo a que la ciudad se labrara fama de anticlerical, al parecer bien merecida.

Aunque a nivel nacional, en esos mismos años, los gobiernos liberales (1901-1902, 1905-1907, 1909-1913) mostraron una preocupación por resolver la “cuestión religiosa” española, sobre todo en lo referente al ingente número de religiosos de órdenes que no eran aceptadas en el país vecino (la llamada “invasión frailuna”), ello se trató de una actuación oportunista, ambigua y muy moderada, y que no resolvió en absoluto el problema, acumulándose tensiones. Contrastaba ello con el caso valenciano.¹⁶ El anticlericalismo fue un aspecto

¹⁴ REIG, *op. cit.*

¹⁵ En concreto “anualmente más de 180 procesiones”, según el Diario de sesiones del Congreso de los Diputados, sesión del 3 de julio de 1901. Citado por MAGENTI JAVALOYAS, S.: *L'anticlericalisme blasquista. València: 1898-1913*. Simat de la Vallidigna, Edicions La Xara, 2001. P. 49.

¹⁶ MAGENTI JAVALOYAS, *Ibidem*, p. 186.

primordial del populismo republicano blasquista; no se trataba de un oportunismo. Su empleo como elemento movilizador del pueblo valenciano acarreó un cierto grado de violencia, que se saldó con varias muertes en distintos momentos de la década.

UNA COMPARACIÓN SIGNIFICATIVA: EL CASO ARAGONÉS.

Lerroux y Blasco Ibáñez destacaron por su radicalismo, pero pasados los años éste decayó en ambos casos; el proyecto político blasquista no consiguió superar los márgenes municipales, y el lerrouxismo dio un fuerte giro conservador desde 1909. No obstante, es útil establecer comparaciones con el anticlericalismo de otras regiones en las mismas fechas para comprender el alcance que el discurso populista pudo llegar a tener. Por ese motivo aquí haré una comparación con el anticlericalismo en Aragón, analizado por M^a Pilar Salomón¹⁷, con algunas precisiones sobre la prensa zaragozana republicana del momento.

Es necesario dejar claro que el anticlericalismo y las campañas anticlericales fueron una constante a nivel nacional de la acción política republicana entre 1898 y 1913. Como elemento definitorio de la ideología republicana en concreto, y de la izquierda española en general, el anticlericalismo tuvo un desigual éxito en las distintas regiones españolas¹⁸; lo que significa que en unas ciudades caló más profundamente que en otras como mito movilizador para las masas. En Barcelona o Valencia les hacía secundar las protestas convocadas por los líderes republicanos, o incluso les hacía ir más allá y actuar por su cuenta llegando a la quema de conventos (el caso extremo fue la Semana Trágica). Aparte de condiciones específicas de cada lugar, parece que el discurso populista encarrilado en sentido anticlerical fue un factor fundamental para el surgimiento de protestas anticlericales masivas y violentas. Esto significaría que en ciudades, como puede ser Zaragoza, con unas condiciones que bien pudieran haber desencadenado una actividad, sentimiento o protesta anticlerical fuerte (presencia de ca-

¹⁷ SALOMÓN CHÉLIZ, M^a P.: *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939)*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2002.

¹⁸ Para comprobarlo pueden consultarse algunos estudios del anticlericalismo a nivel regional, como es el de SALOMÓN CHÉLIZ, *ibidem*. DE LA CUEVA MERINO, J.: *Clericales y anticlericales. El conflicto entre confesionalidad y secularización en Cantabria (1875-1923)*. Santander, Universidad de Cantabria, 1994. DE MA-TEO AVILÉS, E.: *Anticlericalismo en Málaga, 1874-1923*. Málaga, Edición del autor, 1990.

pas populares, configuración urbana en barrios segregados, existencia de un clero numeroso, etc.), ésta no se produjera mas que en contadas ocasiones y/o con un limitado alcance.¹⁹

En Aragón los republicanos también recurrieron al discurso anticlerical como movilizador, valiéndose de la prensa republicana u obrera y de mítines, conferencias y manifestaciones, pero nunca se llegó a alcanzar el radicalismo lerrouxista o blasquista. Salomón lo achaca a la desunión y debilidad del republicanismo aragonés, que impidió que el anticlericalismo actuara como ideología aglutinante, aunque se pretendiera utilizar como elemento de movilización a favor principalmente de sus expectativas electorales.²⁰ Por un lado se encuentra un descontento popular, diseminado también por los pueblos de las provincias, pero por otro vemos que los tumultos, motines y agresiones anticlericales no fueron especialmente importantes. Pueden reseñarse simplemente algunos sucesos, como los disturbios a raíz del jubileo en Zaragoza (1900), que consiguieron que las autoridades eclesiásticas suspendieran la celebración; los provocados por la peregrinación y coronación de la Virgen del Pilar (1905); y los de octubre de 1910 a raíz de la presentación del proyecto de Ley del Candado.²¹ Una coyuntura que evidencia el contraste del clima zaragozano con el valenciano blasquista, es el momento en que el prelado Soldevila entró en Zaragoza oficialmente para ocupar la silla arzobispal el día 21 de marzo de 1902; según la propia prensa republicana, la ceremonia se celebró "sin protesta tumultuosa, sin vítores ninguno, sin manifestación ostensible de agrado ni desagrado; en una palabra, con la mayor indiferencia" pues los curiosos "ni siquiera se descubrían al paso de la comitiva"²². El optimismo de los periodistas republicanos sobre la pasividad del pueblo zaragozano ante el eclesiástico no consigue ocultar el hecho de que en Valencia hechos muy similares, la simple proposición de Nozaleda primero, y de Guisasola después, como arzobispos de la diócesis, levantaron amplísimas protestas organizadas, con la participación, en el caso de Nozaleda, de entre 16.000 y 20.000 personas en una manifestación.²³

La moderación es la característica que se destaca en estos momentos en Zaragoza, reflejo de la moderación de los mismos dirigentes republicanos, que sobre todo cuando obtuvie-

¹⁹ En contraste, los trabajos de Víctor LUCEA AYALA han ido estudiando la protesta tumultuosa zaragozana en torno al cambio de siglo, que sí que se produce a raíz de distintas motivaciones no anticlericales.

²⁰ SALOMÓN CHÉLIZ, *op. cit.*, pp. 361-379.

²¹ SALOMÓN CHÉLIZ, *op. cit.*, pp. 260-276.

²² *La Unión Republicana*, órgano semanal del círculo de republicano de Zaragoza, "La entrada del arzobispo" 22/III/1902.

²³ El dato de los miles de asistentes en MAGENTI JAVALOYAS, *op. cit.* p. 114.

ron el poder del Ayuntamiento zaragozano hacia mitad de la década, prefirieron resaltar la cara amable de la ciudadanía, cuya tolerancia, dijeron, estaba abierta a todas las ideologías, y por tanto respetaba las manifestaciones clericales.²⁴ Nunca se les ocurrió utilizar un discurso populista anticlerical para enardecer los ánimos; y tampoco se daba el compromiso de los más conspicuos representantes del republicanismo aragonés con el anticlericalismo, como sería el caso de Joaquín Costa, que siempre mantuvo una postura muy moderada a este respecto. El populismo de Costa en el contexto restauracionista fue un “populismo agrario”²⁵, pero no un populismo anticlerical; de hecho, el ilustre político aragonés siempre se desmarcó del anticlericalismo señalando que era un error arremeter solamente contra las órdenes religiosas cuando eran los “frailes de levita”, los caciques y oligarcas del sistema, los causantes del atraso español.

Los populismos de Lerroux y Blasco Ibáñez fueron los verdaderos causantes de la radicalización de la actividad anticlerical²⁶, y resulta interesante comprobar que en la prensa republicana zaragozana se mantuvo un discurso muy similar al de sus correligionarios barceloneses o valencianos y del resto del país. Se encuentran, desde luego, referencias a las correrías de Lerroux y Blasco, pero son más ilustrativas las críticas al clero desde su supuesta responsabilidad en la pérdida de las Filipinas²⁷ ya en 1899, cuando también se empieza a cuestionar el papel del clero en la sociedad²⁸ y la perniciosa influencia de la Compañía de Jesús, contra la que *El Clamor Zaragozano* realiza una amplia campaña en 1900, que tendrá un episodio interesante cuando el arzobispo, ante la insistencia de los periodistas en continuar con la campaña, excomulga a éstos.²⁹ Las denuncias de maldades y abusos de todo tipo por parte del clero no escasean, al igual que los insultos. También pueden encontrarse referencias a la hueca contribución a la educación del pueblo español que aportan las órdenes religiosas y sus co-

²⁴ SALOMÓN CHÉLIZ, op. cit., p. 272.

²⁵ MAURICE, J.: *J. Costa : crisis de la restauración y populismo, (1875-1911)*. Madrid, Siglo XXI, 1977. ORTÍ, A.: *En torno a Costa : populismo agrario y regeneración democrática en la crisis del liberalismo español*. Ministerio de Agricultura, Madrid, 1996.

²⁶ Así se señala en SALOMÓN CHÉLIZ, M^a P.: “El anticlericalismo en la calle. Republicanismo, populismo, radicalismo y protesta popular (1898-1913)” en DE LA CUEVA, J. y MONTERO, F. (eds.): *Catolicismo versus secularización en España, 1900-1930*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2007.

²⁷ *El Clamor Zaragozano*, Periódico bi-semanal, republicano. “Origen de la pérdida de Filipinas” 10/VIII/1899

²⁸ *El Clamor Zaragozano*, “El bajo clero”, 17/VIII/1899.

²⁹ *El Clamor Zaragozano*, gran titular “Los jesuitas de Zaragoza”, 20/IX/1900.

legios; y pretensiones de ridiculizar las absurdas doctrinas supersticiosas de la Iglesia, como en la serie “chascarrillos católicos” que *La Unión Republicana* dedica desde marzo de 1902.

Pero aunque nos encontramos con que en Zaragoza existe una prensa republicana con contenido anticlerical, no hubo continuas movilizaciones amplias y/o violentas de tipo anticlerical como en Barcelona y Valencia. El estudio comparado sugiere la hipótesis de que la razón fue la ausencia por parte de los republicanos zaragozanos de un discurso populista anticlerical radical como el expresado por Lerroux o Blasco, políticos que sí que supieron canalizar en su beneficio el sustrato anticlerical popular, aunque aquella movilización llegara a escapar peligrosamente de su control.